

con el cual conferenció, contándole todo lo sucedido en el viaje, é invitándole para poblar Puerto de Caballos y la tierra adyacente al Golfo Dulce.

## CAPITULO XII

Expedición del Adelantado Montejo y su hijo por la costa del Norte.—Desembarque en Ixil ó Chicxulub.—Correrías por el cacicazgo de Cehpech.—Residencia de tres meses en el distrito de Maxtunil.—Partida á Yilam.—Desembarque en Yilam.—Amistad con los caciques de Yilam y Yobain.—El adelantado Montejo se dirige á Teoh.—Graciosa acogida del cacique de Teoh.—Manifiesta Montejo su propósito de fundar una población de españoles, y los Chelés le proponen, como lugar adecuado, el asiento de Chichen-Itzá.—El ejército se pone en movimiento para Chichen-Itzá, y antes de llegar es atacado por los Cupules.—Derrota de los Cupules.—Correrías por el Noreste hasta la provincia de Ekab.—Los españoles se establecen en Kantanenkin.—Son atacados por los de Ekab, y retroceden en busca de Chichen-Itzá.—Llegada á Chichen-Itzá.—Fundan una población con el nombre de Ciudad Real.—Alianza con los Xiues.—Repartimiento de los pueblos.—Muerte del Cacique Nacon Cupul.—Rebelión de los Cupules.—Sitio de Chichen-Itzá por los Cupules, Cochuabes y Ekabes.—Los sitiadores resuelven rendir á los españoles por hambre.—Salidas inútiles de los sitiados.—D. Francisco de Montejo, el mozo, reducido al último extremo, decide abandonar á Chichen-Itzá.—Estratagema del perro y de la campana.—Los españoles salen de Chichen, burlando la vigilancia de los sitiadores.—Caminan rumbo á la playa, y salen por las ciénagas de Buctzotz.—Vuelven á Teoh, donde el adelantado Montejo los esperaba con algunos compañeros.—Regreso á Yilam.—Se embarcan para Campeche.—El adelantado Montejo encarga á Dávila una exploración por el interior.—Los indios atacan á Campeche.—Grave riesgo que corrió el adelantado Montejo.—Se embarca para Veracruz y México.—Da cuenta á la Audiencia de sus operaciones.—Es repuesto en el gobierno de Tabasco.—Se le concede el gobierno de Chiapas y Honduras.—Envía á Gonzalo Nieto con dos navíos á Campeche.—Don Francisco de Montejo, el mozo, se encarga del gobierno de Tabasco.—Gonzalo Nieto desampara Campeche.—Ningún español queda en Yucatán.

Luego de haber salido Dávila para Cochuah y Uaymil, á mediados de 1531, partieron de Salamanca de Campeche, el Adelantado y su hijo D. Francisco de Montejo, el mozo, en un galeon y otros na-



víos, con intenciones de reconocer la costa y desembarcar en algún puerto cómodo del norte de la península, para internarse en seguida á explorar el país y fundar una población.

Fueron costeando; doblaron la Punta de Piedras; y en un punto de la costa, Ixil ó Chicxulub, debieron desembarcar en tierra del cacicazgo de Cehpech.

Por estos lugares se extendía un distrito de este cacicazgo, nombrado Maxtunil,<sup>1</sup> que comprendía pueblos entonces importantes, como Chacxulubchén (Chicxulub), del cual era cacique Nakuk Pech; Conkal, donde gobernaba Ixkil Itzam Pech; Yaxkukul, de quien era cacique Ah Macam Pech; y Xulkumchel (Tixkumcheil), gobernado por Ah Kom Pech. Los españoles fueron recibidos con muchas atenciones, les prestaron obediencia, los honraron y les dieron suculenta comida. El Adelantado se alojó en casa de Nachi May, quien desde entonces hizo grande amistad con su huésped, la cual se conservó á través de las vicisitudes de los primeros años de la conquista, y hasta que ésta hubo de quedar afianzada.

Apenas se supo que los extranjeros habían desembarcado, y que Nachi May los había alojado en su casa, el cacique de Chicxulub quiso ir en persona á verlos, hablarlos y tratar con ellos. Se trasladó al puerto, y tan pronto como conversó con Montejo<sup>2</sup> se prendó de su afabilidad, volviéndose

<sup>1</sup> *The Chronicle of Chac-Xulub-Chen by Nakuk Pech*, n.º 3, en *The Maya Chronicles* por Daniel G. Brinton, página 193.

<sup>2</sup> De unas cartas escritas al Emperador, la una por el adelantado Montejo, desde Salamanca de Campeche, el diez de Agosto de 1534, y la otra por

uno de sus amigos más adictos. Se afaná en proporcionar á los recién llegados comodidades, contentos y alegrías, promoviendo fiestas y haciéndoles llevar alimentos de la mejor clase que podían proporcionarse en el territorio de su jurisdicción. Montejo visitó los diversos pueblos del distrito de Maxtunil, y talvez de la inmediata provincia de Chakán, llegando quizá hasta la antigua T-ho, pues permaneció tres meses en Maxtunil. Mostraba el mayor interés de averiguar cuál era la ciudad más populosa de Yucatán, el cacicazgo más poderoso de los varios en que el país estaba dividido. Informáronle que el cacicazgo de mayor importancia, el más floreciente y rico, era el de los Cheles, los cuales extendían sus dominios desde la orilla del mar hasta el centro del país; pueblos prósperos desde Jilam hasta Izamal les rendían homenaje; y su ciudad capital, denominada Tcoh, tenía numerosos habitantes y notables edificios.

Con estos informes, determinó el Adelantado invadir el cacicazgo de los Cheles, y como para alcanzar su territorio yendo por tierra hubiera tenido que cruzar todo el cacicazgo de Ceh-Pech, prefirió la vía marítima. Tomó el camino de la costa donde sus buques le esperaban, se embarcó, y, dándose á la vela, fue á fondear á los pocos días al puerto de Jilam,<sup>1</sup> que, segun le dijeron, estaba en los do-

Juan de Lerma, desde la Habana, el 1.º de Junio de 1534, parece deducirse que Don Francisco de Montejo, el viejo, no acompañó á su hijo en esta expedición, sino que permaneció en Campeche, hasta que privado de toda noticia de la expedición, salió en socorro de ella, cruzando por Acanul y Ceh-Pech. Sin embargo, apoyados en las autoridades que citamos en su lugar, hemos preferido seguir la versión del texto.

<sup>1</sup> *Crónica de Chicxulub*, n.º 3: «uai tun likulob cu binelob tu holpai



minios de los Cheles. Reinaba en este puerto, en efecto, uno de los segundones de los Cheles, llamado Ahnamux Chel. Este cacique recibió á Montejo y su ejército sin ninguna prevención; les dispensó la amistad más franca y cordial, y les proporcionó toda clase de auxilios. De allí pasaron á Yobaín, donde reinaba un pariente de Ahnamux Chel, quien, por la recomendación é influencia de éste, les prestó iguales servicios.

No perdían de vista que su principal objeto era llegar hasta la capital de los Cheles, á Tcoh, de que tantas alabanzas les habían hecho, y así, continuaron su camino, aunque mucho más cómodamente, contando con la protección y socorros de los caciques de Jilam y Yobaín, y del de Jicantún, que también era de la familia de los Cheles. Antes de salir de Jilam, el Adelantado tuvo la satisfacción de recibir una embajada de los Peches de Maxtunil, que fueron á llevarle presentes, y á ofrecerse gustosos para ayudarle y servirle. Entre los donativos que le hicieron para mostrarle su adhesión, se contaba una doncella llamada Xkakuk,<sup>2</sup> que le regalaron para que tuviese quien le sirviese en todos los menesteres domésticos, á fin de ahorrarle penalidades en sus viajes y correrías. El paso de amistad de los Peches regocijó al Adelantado sobremanera y correspondió con otros regalos y cortesías. En el camino de Jilam á Tcoh no le faltaron víveres: los pueblos por donde pasaban, notando la amistad que llevaban con sus señores, se los dieron de buena gana.

«unul tu hol u payil Jilam»—«De aquí (de Maxtunil) se separaron y se fueron á la playa al interior del puerto de Jilam.»

<sup>2</sup> Crónica de Chicxulub, n.º 4.

Al llegar á Tcoh, los españoles pudieron certificarse personalmente de que no habían sido exageradas las noticias que les habían dado de esta población. Encontraron una ciudad populosa, abundante caserío, templos y otros edificios públicos; portentosas ruinas de edificios antiguos;<sup>1</sup> y la gente de corazón benévolo, sencilla, pacífica é inclinada á la quietud y la calma. El cacique Chel Poot les hizo muy lisonjero recibimiento, y entabló amistad estrecha con el Adelantado. Este puso todo su ahinco en persuadirles que no venían los españoles á causar daño á los naturales, ni á despojar de su autoridad á los caciques, sino, al contrario, á establecerse para vivir en consorcio con los habitantes originarios de la tierra, y trabajar en su beneficio, mejorando las condiciones de su existencia, introduciendo los principios de sabia cultura, y sobre todo enseñándoles la verdadera religión que les había de proporcionar felicidades sin mezcla, desterrando los vicios que manchaban su organización social.

Los Cheles ingenuamente se dejaron persuadir, y con la más candorosa sinceridad aceptaron el yugo que tan suave y blando les pintaba. Contóles luego Montejo que su pensamiento era fundar una ciudad de españoles en su territorio, y encontraron el proyecto tan favorable que no hicieron ningun gesto ni demostración de desagrado, antes indicaron,<sup>2</sup> como lugar adecuado para la nueva población, el asiento de Chichen-Itzá, que no estaba

<sup>1</sup> Landa. *Relación de las cosas de Yucatán*, pag. 32, edición de Brasseur de Bourbourg.

<sup>2</sup> Landa. *Relación de las Cosas de Yucatán*, pag. 72, edición de Brasseur de Bourbourg.



lejos de los linderos del cacicazgo de los Cheles, y que conservaba prestigio en toda la península, como santuario venerado y por haber sido en otra época capital del reino de los Itzáes.

La indicación de los Cheles halagaba interiormente al Adelantado, que antes había pasado por Chichen-Itzá y le había agradado el lugar. Quizá desde su primera visita se había formado el propósito de fundar allí una población. No demoró, pues, poner en planta el proyecto, y comisionó para ejecutarlo á su hijo D. Francisco, ordenándole que con el grueso de su ejército fuese á Chichén-Itzá, asentase su real, y fundase una ciudad.

Don Francisco de Montejo, el mozo, sin perder un instante, se puso en camino para Chichen-Itzá; pero como este paraje pertenecía al cacicazgo de los Cupules, tan luego como éstos tuvieron conocimiento del intento de los españoles, se pusieron en movimiento para atacarlos. Aun todavía D. Francisco de Montejo, el mozo, no había salido de los dominios de los Cheles, cuando empezó á ser hostilizado vivamente por los Cupules. Los rechazó victoriosamente en las escaramuzas, encuentros y batallas formales que le presentaron, y, yendo siempre en persecución de ellos, penetró hasta la provincia de Ekab. Se estableció provisoriamente en Kantanenkin<sup>1</sup> (Kantunil-kin); pero Ek-Box, cacique de la provincia de Ekab, no le dió respiro: apenas había puesto los piés en Kantanenkin cuando las tropas de Ekab se movieron para hostilizarlo. Las hostilidades fueron tan rudas y continuadas, y que-

<sup>1</sup> *The Maya Chronicles* by D. G. Brinton, página 194.

daba tan lejos de su padre, que resolvió retroceder, volviendo á Chichen-Itzá á cumplir las instrucciones que había recibido. Abandonaron Kantanenkin, pasaron por Chauac-há, punto que ya era conocido á muchos de los soldados españoles, por Tekom, Tixcumcuuc, y llegaron hasta el pueblo de Tinum. Aquí solicitaron el camino de Chichen-Itzá, pues casi se habían desorientado con su prolongada correría. Por su buena suerte, no estaban lejos del sitio que buscaban: les indicaron, que en vez de continuar por el poniente, debían subir un poco hacia el sur, y, que caminando así, no tardarían en dar con el asiento de Chichen-Itzá. Así fué en realidad, y á los pocos días entraron en Chichen-Itzá y fueron recibidos por su cacique Nacón Cupul. Los invitó á descansar en su pueblo, alojó á Montejo en su casa, y le dió toda clase de auxilios. En mala hora, sin embargo, dió á Montejo tan cordial acogida, pues ya venía éste con el ánimo decidido de establecerse en Chichen-Itzá y convertirlo en su cuartel general, para de allí extender su poder por todos los cacicazgos inmediatos. El primero que tuvo que aguantar el yugo fué el mismo Nacón Cupul, cuya autoridad quedó subalternada á la de Montejo. La amistad de Nacón Cupul se tornó en aborrecimiento, al convencerse de que los extranjeros le habían de quitar toda su autoridad, y así, se cuenta que más tarde quiso librarse de Montejo de una manera muy facil, pero alevosa: dicen que un día estando Nacón Cupul conversando con Montejo en su casa, Montejo volvió la espalda para hacer una necesidad menor, y que Nacón Cupul, viendo la espada arrimada á un rincón, la tomó con



presteza, y se arrojó espada en mano con intención manifiesta de envasar á Montejo por la espalda. Y allí hubiera muerto ciertamente, si por acaso no hubiera estado allí cerca el soldado Blas González, quien notando á tiempo el acto alevoso de Nacón Cupul, se abalanzó sobre él, y le cortó el brazo en el instante mismo en que se preparaba para introducir la espada en el cuerpo de Montejo. Con la vida pagó Nacón Cupul su osadía, pues acudiendo al ruido todos los demás soldados, é informados del suceso, le mataron sin misericordia.<sup>1</sup>

Ya establecido Montejo, el mozo, en Chichén-Itzá, se trasladó allí el Adelantado, y dió principio á la fábrica de la nueva ciudad,<sup>2</sup> con el auxilio de los súbditos de Nacón Cupul, y también de los Cheles. Dictó el auto de fundación, dándole el nombre de Ciudad Real,<sup>3</sup> nombró alcaldes y regidores, y asignó por vecinos de ella á 160 de sus soldados, á todos los cuales concedió solares. Pronto se levantaron casas de paja y madera, á imitación de las de los mayas, un templo, y una plaza espaciosa en donde estaba el cuartel general. El pequeño ejército se dividió en escuadras que alternativamente solían salir á hacer exploraciones por los cacicazgos inmediatos. El plan de Montejo era someter lenta y suavemente á los mayas á la dominación española. Frecuentemente recomendaba á sus capitanes que en todas partes obrasen con moderación

1 Cogolludo, *Historia de Yucatán*, tercera edición, tomo I. pag. 145.

2 Cogolludo, *Historia de Yucatán*, tercera edición, tomo I. pag. 130.

3 *Información de servicios de D. Francisco de Montejo, hijo del adelantado del mismo nombre*, respuesta á la 7ª pregunta. Sin embargo, en la relación de Blas González á S. M. se dice que se intituló la ciudad Salamanca, y se pobló con setenta ú ochenta españoles.

y, evitasen desmanes en las personas de los indios, y en sus familias y propiedades. Quería por este medio acostumbrar á los indios al trato con los españoles, y á que considerasen las relaciones con éstos motivo de provecho, para que de esta manera, aque- renciados con los invasores, no los repugnasen ni repeliesen.

El plan en un principio fué coronado de éxito feliz: los mayas parecían contentos de su alianza con los españoles, y no rehusaban los servicios que les pedían; los Cheles continuaban dando pruebas de amistad; los Xiues de Maní, en tradicional é inveterada pendencia con los Cocomes de Bolón, pretendían utilizar la amistad de los españoles para defenderse de sus mortales adversarios. Aprovechando Montejo coyuntura tan favorable, insinuó á los señores de Maní que los auxiliaría contra sus enemigos, y esta promesa secreta fué suficiente para atraerse su simpatía. Esto no impedía que Montejo debajo de cuerda fomentase las disensiones, para que, divididos los caciques, no se uniesen para darle guerra.<sup>1</sup>

Viendo Montejo tan tranquilos á los mayas, tan bien asentadas sus relaciones con los caciques, creyó llegado el momento de dar pleno desarrollo á su plan de dominación. Repartió los pueblos de indios entre varios de sus capitanes y soldados, nombrándolos encomenderos con todas las facultades y obligaciones anejas á las encomiendas, segun las costumbres coloniales de la época. Poniendo en práctica su determinación, empezó el Adelanta-

1 Herrera, *Decada IV.* pag. 42.



do por dar posesión de cada encomienda al agraciado: para ello reunía á los indios, y les explicaba el objeto que se proponía. Con las mejores palabras intentó dulcificarles el sentido de las encomiendas; trató de infundirles la persuasión de que era una institución que redundaría en provecho suyo, pues que en los encomenderos tendrían unos padres, ayudadores, patrocinadores y amigos que los socorriesen en todas sus necesidades; mas como al mismo tiempo no podía prescindir de inculcarles el deber de acudir con un tributo en especie para el sustento del encomendero, los mayas desentendiéndose de las bellas ofertas de patrocinio, sólo conservaron en su imaginación la perspectiva de la nueva carga que se quería imponerles: recibieron con frialdad á los encomenderos, y se mostraron tristes y acongojados, aunque aparentemente sumisos. Esta apariencia de sumisión engañó al Adelantado, y le hizo descuidar ciertas precauciones que le hubieran sido útiles para en adelante. Embebido en fundar la nueva población, concentró en ella todas sus fuerzas, en vez de escalonarlas convenientemente para conservar libre el camino hacia la mar. Tampoco se curó de mantener sus relaciones marítimas con Campeche, ni de arreglar que periódicamente le viniesen de Veracruz, ó de la Habana, provisiones frescas y municiones de guerra: contraído únicamente á acrecentar la nueva población, se dejó cortar toda comunicación y reducir al aislamiento. Este error debía tener fatales consecuencias, pues que no habría de ser desperdiciado por los mayas.

Pronto conocieron los indios que Montejo no

era auxiliado del exterior, y que carecía de reserva que le protegiese, y esto les hizo abrigar la convicción de que destruyéndole se librarían de su ominoso yugo que en vano quería disfrazar con la máscara de filantrópico protectorado. Se envalentaron, se irguieron, y empezaron á mostrar el descontento que habían disimulado. La muerte dada á Nacon Cupul fué la primera chispa que encendió la rebelión: los Cupules no pudieron sobrellevar que se hubiese quitado la vida á uno de sus jefes, por más que la muerte hubiese sido castigo de su alevosía. Varios pueblos se negaron á pagar el tributo, y Montejo quiso emplear la fuerza para ejecutar la exacción, lo cual fué añadir falta sobre falta y dar pábulo á un levantamiento. Los pueblos se resistieron oponiendo la fuerza á la fuerza, hubo varias refriegas y escaramuzas, y el tributo no pudo cobrarse. Entonces comprendió el Adelantado que había seguido una senda falsa y torcida. Quiso enmendar su error, empleando la maña y el artificio para reducir á los rebeldes; pero era ya muy tarde. Los jefes indios estaban ya indignados, y procuraban poner los medios de quebrantar la sujeción que se les quería imponer: ya habían comprendido que los amaños de Montejo todos tenían por fin único el arrebatárles su independencia, y someterlos á perpetuo vasallaje.<sup>1</sup>

Parece que por esta época el Adelantado salió de Chichen-Itzá con algunos compañeros, y se dirigió á Teoh, dejando á su hijo á la cabeza del grueso del ejército guarneciendo á Ciudad Real.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Herrera, *Decada IV.* página 131.

<sup>2</sup> *Probanzas de Blas González*, citadas por Cogolludo, en su *Historia de*



Una conspiración se extendió por los lugares circunvecinos, atizada por los Cupules que se levantaron en masa para atacar á los españoles. Fué imprescindible á éstos ponerse en guardia, y salir por varias partes en descubierta con el fin de no dejarse cercar y ser privados de recursos. Cada salida era motivo de un encuentro en que los indios peleaban con terquedad, aumentando cada día en osadía y en número. Refiérese que en una de tantas escaramuzas, un balletero castellano causaba muchos daños al enemigo, y se resguardaba con tanta destreza de sus tiros que los mayas rabiaban de furor viendo los estragos que les hacía y la imposibilidad en que estaban de librarse de él; que, entonces, un indio flechero le jugó una estratagemata, fingiendo estar al descuido, para estimular al balletero á que, con la ambición de matarle á mansalva, se descubriese. Cayó el castellano en el ardid, si bien el indio cayó juntamente con él, pues creyendo descuidado al indio flechero, hincó el balletero la rodilla en tierra y disparó la saeta, que fué á dar certera al pecho del indio; pero no antes de que éste, por su lado, cimbreado su arco, le disparase su más aguda flecha que fué á sembrarse en el brazo del balletero. Fué la herida del indio mucho más grave que la del español, y sintiéndose aquél tambalear, en tanto que veía á su adversario en pie, como si no quisiese morir vencido por las manos del extranjero, asió rápidamente un bejuco,

*Yucatán*, tomo I. pag. 148. Cogolludo alude á T-Ho; pero á nuestro juicio debe ser Teoh, pues este autor confunde las dos ciudades de T-Ho y Teoh, como puede verse á fojas 129, tomo I. de su *Historia de Yucatán*, tercera edición.

y, colgándose del árbol más cercano, se ahorcó.

Uno de tantos piquetes de los que salían diariamente á inquirir la situación del enemigo, se internó un día por la selva, y observó algunas huellas humanas. Despues de largo caminar bajo del bosque, dieron con una ranchería adonde habían ido á ocultarse gran número de mujeres y niños, huyendo de los estragos de la guerra. Apenas los españoles fueron sentidos, que mujeres y niños se esparcieron por el bosque á la desbandada; mas en tanto que la gente inerme se escapaba á todo correr, los indios varones mayores salieron al encuentro á los invasores, y les disputaron el paso fieramente, como para dar tiempo á que las fugitivas familias se pusieron fuera de su alcance. Al fin, también se desbandaron dejando á los españoles dueños del campo, pero sin provecho alguno: no hicieron ningun prisionero ni atraparon botin. Volvieron á Chichen-Itzá no á reposar, sino á prepararse para nuevas embestidas: en el estado de exacerbación á que habían llegado los mayas, no quedaba sino vencerlos por la fuerza de las armas, ó retirarse del país.

Las provisiones cada día escaseaban; no se conseguían compradas, y menos gratuitamente: había qué salir cotidianamente á arrancarlas por la violencia, y cada salida se volvía reñido combate: esto sin contar con que de día y de noche había en el campamento español alarma constante, con los continuados asaltos y algaradas de grupos de indios que sin cesar se renovaban. Faltaban igualmente la ropa, las municiones de guerra y los caballos, y la tropa iba á menos con tan perenne batallar.



Después de hostigar y cansar al enemigo con una serie no interrumpida de acometimientos, los mayas resolvieron reducirlo por hambre, y, á este fin, decidieron poner un sitio estrecho y formal á Chichen-Itzá, de manera que nadie pudiese salir de la plaza sin pagar con la vida su atrevimiento. Se convocaron las milicias de todos los pueblos de la península, y los súbditos de Ek-Box hicieron, en esta campaña, causa común con los Cupules, Cochuahes y Cocomes. Empezó á reunirse alrededor de Chichen Itzá un ejército que hormigueaba. Ya no fué posible que saliesen piquetes en busca de provisiones, sin riesgo de ser copados, y, entretanto, la privación de víveres era cada vez más apremiante. Si permanecían en Chichen Itzá los españoles, la muerte por hambre era inevitable. El capitán Montejo juzgó necesario hacer un esfuerzo sobrehumano para levantar el sitio, y al efecto dispuso un ataque general en toda la línea, sostenido con vigor hasta que los sitiadores flaqueasen.

Dió sus instrucciones á todos los capitanes y subalternos, y el día designado se rompieron los fuegos, avanzando los españoles por todos lados, bizarramente decididos á desalojar de sus puestos á los mayas. Estos, que no se habían atrevido á atacar á los españoles en sus fortificaciones formidables, aprovecharon esta salida para acribillarlos. Las armas españolas se cebaban en el agrupado tropel de indios: los lanzeros de á caballo segaban cabezas, y los cadáveres cubrían el suelo; no obstante, la saña traía ciegos á los indios, y mientras caían acribillados de heridas, huestes frescas venían de todos lados á reforzar á los sitiadores,

de modo que nada valía á los soldados de Montejo hacer prodigios de valor, deshacer los cerrados escuadrones, destrozando bandas enteras: apenas dispersa una línea de enemigos, otra nube más espesa se formaba, atronando con alaridos salvajes; los proyectiles indios, si bien menos ofensivos, por su multitud y menudeo llegaron á causar estragos que no se ocultaron al ojo vigilante y perspicaz del capitán Montejo: creyó prudente concentrarse en Chichen-Itzá, mandó tocar retirada, y los españoles volvieron en buen orden á reconocer su cuartel general. ¡Con cuanto estupor y consternación consideraron sus pérdidas después de la batalla! ciento cincuenta<sup>1</sup> españoles habían quedado muertos en el campo, y casi no había uno solo de los sobrevivientes que hubiese salido ileso. Los caballos fueron diezmados, y de seguro, si los mayas, adivinando su miserable situación, les hubiesen dado una carga final, asaltando sus fortificaciones, nadie lo hubiera contado: para fortuna suya, los mayas tenían horror á los arranques castellanos, y no se atrevieron á acosarlos, por temor de un descalabro: dejáronlos tranquilamente recogerse á sus baluartes, y se limitaron á estrechar el sitio: desconfiando triunfar por la fuerza, se habían decidido á hacer que por hambre se rindiesen: no contaban con la sagacidad del diestro jefe español. Montejo no desconocía lo desesperado de la situación del ejército, sitiado por multitudes aguerridas, y sin esperanza de auxilio alguno exterior, después de ocho semanas de asedio:<sup>1</sup> abrirse paso

<sup>1</sup> Cogolludo, *Historia de Yucatán*, tomo I, tercera edición, pag. 144.

<sup>1</sup> *Relación de Blas González á S. M.*